

La justicia rehabilitadora: el lugar de los pobres en ella

Pedro Trigo, S. J.
Caracas, Venezuela

1. Sin rehabilitación, las sociedades se deshumanizan

Si en nuestras sociedades no hay justicia e impera la impunidad para la mayor parte de los delitos, la mayoría de los cuales ni siquiera son reconocidos como tales, mucho menos se plantea la justicia rehabilitadora. Y si hay tantos ciudadanos que han prescindido de su dignidad y, por consiguiente, de la relación horizontal y simbiótica con los demás, y, en vez de ella, corrompen y se dejan corromper, oprimen, excluyen, desprecian, calumnian, roban y matan, y, pese a ello, reina la impunidad, es porque piensan que no tienen que cambiar. La sociedad tampoco los presiona para que lo hagan. Por eso, esta se vuelve deshumanizadora y acaba siendo invivible e inviable.

Es lo que está empezando a suceder en nuestra región. Por ambas razones queremos insistir en la imperiosa necesidad de que el tema de la rehabilitación se introduzca en la agenda pública, tanto de las personas como de las comunidades y grupos, de las instituciones y del Estado, y, sobre todo, en la de la Iglesia y la de cada uno de los cristianos.

Hemos llegado a tal grado de descomposición, que la justicia legal, entendida como “el que la hace, la paga”, es radicalmente insuficiente. Siempre lo ha sido, si queremos que tenga vigencia la calidad humana, ya que, si somos humanos, siempre se ha de procurar la rehabilitación del reo, poniendo para ello los medios adecuados. Pero en la actualidad, en la situación tan profundamente deteriorada en la que nos encontramos, además de esta razón de fondo, válida en cualquier hipótesis, está la razón realista de que son tantos los que han dejado de ser honrados, que si no se rehabilitan, con la ayuda de todos, la región es inviable. La huelga silenciosa de muchos ciudadanos respecto a la legalidad imperante

y a los mínimos de buena vida pactados impregna el ambiente de opacidad y desemboca en anomia.

En Venezuela, tal vez el caso extremo, la impunidad es pavorosa. Según la fiscalía, a los tribunales solo llegó el 8 por ciento de los delitos, en 2015. Obviamente, el fiscal no consideraba los delitos de cuello blanco, en los cuales están incurso muchos de los dirigentes del partido y de los altos cargos del gobierno. Ahora bien, si salir de la impunidad implica meter en la cárcel a todos los culpables, ¿habrá cárceles para más de un millón de personas? Pero además, ¿quiénes van a dictar esas sentencias, si la mayoría de los jueces necesitan ser rehabilitados? ¿Quiénes los van a apresar, si la mayoría de los policías necesitan ser rehabilitados? ¿Qué carceleros los van a custodiar, si casi todos necesitan rehabilitación? ¿No caemos en la cuenta de que la justicia legal es inaplicable, en la situación de deterioro estructural en la que nos encontramos? Así, pues, se necesita una justicia regeneradora.

Además, hay una tercera razón. Si los que no han dejado de ser honrados, solo buscan el castigo de los culpables y no su rehabilitación, ellos mismos son ya parte del problema y no de la solución, porque quienes borran a los demás de su corazón dejan de ser humanos. En el sentido de la calidad humana, dejan de definirse por la humanidad. No están referidos fundamentalmente a los seres humanos concretos, sino a la honradez. Están casados con la ley o con ellos mismos, y no con los demás seres humanos. Están enfermos y necesitan también ser rehabilitados.

Es una ceguera terrible no verlo. La Declaración Universal de los Derechos Humanos (1948) afirma, en su consideración preliminar, que toda la humanidad forma una sola familia y, en su primer artículo, nos llama a reconocernos y comportarnos como hermanos. No reconocer esta realidad básica, no reconocer, por consiguiente, nuestra responsabilidad con todos y cada uno de los seres humanos, la “responsabilidad con los hermanos y con la historia”, según el Vaticano II (*GS* 55), sino, por el contrario, desentendernos de una parte considerable de nuestros conciudadanos, incluso querer para ellos únicamente la represión, que los quiten del medio para que no causen daño o, peor, porque los consideramos una lacra, es una irresponsabilidad, que impide resolver los problemas. Es incluso una ceguera, que impide reconocer los delitos y que trae como consecuencia que solo se estigmaticen los delitos contrarios a la legalidad vigente. Y por tanto, que queden excluidos los delitos de cuello blanco, la corrupción tan extendida y, sobre todo, y esto es lo más grave, la injusticia radical de la legalidad imperante.

2. Desorden inocultable y encubierto

En la América Latina actual, el problema planteado es generalizado, aunque se presenta de modo diverso. Las sociedades latinoamericanas, donde el

problema es inocultable, se consideran fallidas. Pero otras, pese a estar corroídas, encubiertamente, por el mismo mal, son presentadas como exitosas por la opinión mediática. La diferencia estriba en que la injusticia es más patente en las primeras, aun cuando los de arriba se empeñen en negarlo. Mientras que en las otras domina la injusticia estructural sobre los delitos de quienes se colocan al margen de la ley. Las dos necesitan de la justicia rehabilitadora. En ambas, la rehabilitación exige un trabajo muy a fondo. Sin embargo, hay que reconocer que es más difícil la rehabilitación de los de arriba, que la de los de abajo, porque aquellos no se ven a sí mismos como necesitados de ella.

Así, pues, en algunas sociedades y países, más exactamente, naciones, porque están comprometidas las instituciones, impera abiertamente la combinación del dinero y la fuerza. En efecto, la fuerza del dinero, de la política, de la policía y de lo militar opera con un tenue velo de legalidad, que no engaña a nadie. De ahí el predominio de la inseguridad y de la casi total impunidad, excepto en las zonas de altos ingresos, que gozan de relativa seguridad, porque combinan la fuerza privada con la pública. La concentración de la propiedad y los negocios es cada vez mayor. El dinero obtenido por negocios injustos, pero legales, convive pacíficamente con el del crimen organizado, sobre todo, el narcotráfico, gracias al apoyo de los funcionarios gubernamentales, incluso del más alto rango. No se vive en Estado de derecho, aun cuando sea reconocido como tal por la comunidad internacional. De hecho, los gobiernos respaldan el estado de cosas reinante o, en el mejor de los casos, no encuentran cómo revertirlo y se resignan a poner algunas medidas compensatorias. La mayoría, falta de esperanza, sobrevive como puede. Unas veces se dedica a pescar en río revuelto, aprovechando la situación, pero de esa manera la agrava. Otros tratan de vivir, a pesar de todo, con dignidad, incluso asociándose para solucionar solidariamente lo que puedan.

Otras naciones, presentadas por las élites y los medios de comunicación como exitosas, exhiben una legalidad que expresa la actual correlación de fuerzas de absoluta desigualdad. Las instituciones económicas y políticas, respaldadas por quienes detentan el correspondiente poder económico y político, son relativamente sólidas. Los poderosos son pocos, pero voluntariosos. Hegemonizan al sector social que acepta el juego establecido, aunque los de abajo, la inmensa mayoría, están sometidos a una férrea disciplina para vivir y progresar. En realidad, progresan poco, muy lentamente y con gran esfuerzo. Estas sociedades son radicalmente injustas. Pero como impera la legalidad y son exitosas, debido a que crecen y aumentan el producto interno bruto, no se repara en la pavorosa inequidad que campea impunemente.

3. El problema es la violencia institucional

En ambos tipos de sociedad, la competitividad y la ganancia se logran con el abatimiento del salario nominal y las cargas sociales del trabajo, pues apenas

queda nada de la antigua seguridad social. El resultado es el empobrecimiento de la clase popular y el debilitamiento de la clase media, que se proletariza, aunque unos y otros se niegan a reconocer la pérdida radical de su poder adquisitivo. Las dos clases pretenden conservar su estatus y persisten en aceptar el juego impuesto, porque no tienen otra posibilidad. Los jóvenes, a quienes se les pide una creciente profesionalización, lo tienen aún más difícil. En realidad, exceptuando algunas especializaciones y empleos mejor pagados, la preparación exigida es para trabajar más y ganar menos. Por eso, cada vez les resulta más difícil adquirir un apartamento modesto, un vehículo y vivir con cierta holgura. No ver futuro genera desánimo, frustración y rabia. Cada vez son más los que se encuentran entre el último escalón del sistema y fuera de él. La sensación de inseguridad vital es tan terrible, que tienden a hacer lo que sea, sin preguntarse por su naturaleza, ni por sus consecuencias. Es la anomia.

El resultado de este estado de cosas es la deshumanización radical de quienes producen y controlan la situación y se aprovechan de ella, así como la deshumanización inducida de quienes no pueden aguantar tanta presión y lo echan todo a rodar. Más grave aún es que quienes controlan este juego y se aprovechan de él¹ no experimentan la deshumanización. Tampoco muchos otros, que solo consideran deshumanizados a quienes viven al margen de esta realidad, tenida como honorable, o al menos, como expresión de lo que es la vida.

Entre estos se encuentran los muchos que viven sin un trabajo estable y sin cualificación laboral, que se rebuscan en la vida, algunos incluso cometiendo pequeños delitos con frecuencia; los que roban a mano armada o, peor aún, matan; los que extorsionan y los que pertenecen a bandas organizadas para

-
1. Se nos quiere hacer creer que los sistemas económicos, políticos, sociales y religiosos se autoproducen, por su propia lógica interna. Ver N. Luhmann, *Sistemas sociales*, pp. 54-62 (Barcelona: Anthropos, 1998). Pero eso no es cierto. Cada sistema ha sido construido por seres humanos, para su provecho, y ellos mismos lo reforman, para lograrlo de mejor manera. O bien otros lo transforman con otros objetivos. Esto es más verdadero hoy, cuando, en principio al menos, existe la democracia y, por tanto, la posibilidad de que las mayorías hagan valer sus derechos, conjugándolos con los derechos legítimos de las minorías. Por eso, los que comandan la dirección dominante de esta figura histórica, radicalmente injusta e infecunda, y los que se aprovechan de ella, se han deshumanizado y tienen que rehabilitarse. Así resume González Faus el paso del pecado personal a la situación de pecado o, como él dice, del pecado estructurante al pecado estructurado: "el hombre, al pecar, crea 'situaciones de pecado' que a su vez, hacen pecar al hombre. [...] El pecado estructural no nace de la nada ni es antecedente al hombre, nace del hombre mismo. Pero, una vez nacido, se escapa al control del hombre, se convierte en una fuerza autónoma frente a él, domina al hombre y hace que ya no pueda reducirse el estudio del pecado al aspecto puramente personal". Ver "Pecado estructural. Pecado del mundo", *Revista Latinoamericana de Teología*, 7 (1986), 92.

delinquir. Sin embargo, entre ellos no se encuentran los inversionistas, que capturan esas ganancias, ni los bancos, donde las depositan. Tampoco las acciones y las propiedades obtenidas de ese modo. Mucho menos quienes pagan salarios de hambre y presionan a los gobiernos para reducir al mínimo las cargas sociales, quienes se las arreglan para casi no pagar impuestos y quienes venden en condiciones de monopolio u oligopolio, obteniendo ganancias obscenas.

Para la opinión pública, la de los medios de comunicación, propiedad de los de arriba, y para la opinión que discrimina a las grandes instituciones y a sus personeros, el problema son los otros: los que están fuera del sistema. No perciben que el sistema es radicalmente injusto y que, por esa razón, encierra una inmensa violencia, “la violencia institucionalizada”, denunciada por Medellín (2,16). Esa violencia es la madre de todas las violencias. Por eso, se puede afirmar que estas son respuestas no superadoras de la violencia primera o que participan directamente de ella, aunque el sistema no lo reconozca.

La madre de las violencias es el sistema económico, político y social. Aunque está amparado por las leyes, no es un orden, sino un desorden. A nivel mundial, la inequidad actual es la mayor registrada en la historia. Según Oxfam, el 1 por ciento tiene más dinero que el restante 99 por ciento. América Latina es la región más desigual del mundo. Esta desigualdad es producto del sistema, que la avala y la ampara. Por eso, tenemos que insistir en que la madre de las violencias de nuestra región es la “violencia institucionalizada”. La institucionalidad no es honorable. Por el contrario, vulnera la dignidad humana. Empeñarse en salvaguardarla por encima de todo, es la violencia de las violencias².

2. Eso es lo que dice a los empresarios colombianos el jesuita Francisco de Roux, economista, organizador de zonas de paz alternativas al desarrollismo que expulsa a los campesinos y que jugó un papel muy activo, en las conversaciones de paz de La Habana. Al comentar los acuerdos de paz de La Habana, en su columna de *El Tiempo*, declara que “tiene que venir, después de La Habana, el proceso democrático y participativo en los territorios, abiertos gracias a los mismos acuerdos de paz, que transforme al modelo para sacar a Colombia de la esquina de los países más inequitativos del mundo, más corruptos, más narcos, más impunes, más excluyentes de las poblaciones negras, indígenas y campesinas, más golpeados por la minería ilegal e irresponsable, más resistentes a irrigar capital hacia los sectores populares; y todo esto exige cambios estructurales en el modelo.

El segundo tema en diálogo es la responsabilidad del empresariado. Es normal que los gremios exijan sus derechos. Pero en el documento hay el inmenso vacío de los deberes. Deja la impresión de que la responsabilidad de todo está en la guerrilla, en los sectores populares que reclaman justicia y en el gobierno, y esto no es verdad. El empresariado colombiano, al que se amerita la tenacidad en medio de los riesgos, tiene en su seno responsables de la inequidad, del despojo campesino, del financiamiento de políticos corruptos, del rentismo que pone al Estado al servicio de intereses privados y del paramilitarismo. Hay empresarios y grupos con responsa-

Ahora bien, la solución es derribar esta institucionalidad de la violencia. El modo de producción determina el producto. Acabar con la violencia institucionalizada con violencia, no trae la justicia, sino más violencia. Ya decía Medellín que el cambio violento de estructuras sería ineficaz y no conforme con la dignidad del pueblo, que reclama que “las transformaciones necesarias se realicen desde dentro, es decir, mediante una conveniente toma de conciencia, una adecuada preparación y la efectiva participación de todos” (2,15).

4. Elementos de una alternativa superadora

La única alternativa superadora es profundizar la democracia, es decir, instaurar una verdadera democracia, donde una masa crítica de ciudadanos honestos, capaces y responsables haga valer el bien común, el bienestar de un país, por encima del beneficio privado de los grandes propietarios o de los partidos políticos y los poderes fácticos.

Esto solo podrá alcanzarse mediante un proceso sostenido de densificación personal y de creación de comunidades, de grupos y de organizaciones, que busquen la vida buena y el respeto de los derechos humanos. En Medellín, los obispos insistieron vigorosamente en el proceso de personalización (Introducción, 4; 4,8; 5,9.14). En efecto, pidieron cultivar en cada persona una toma de conciencia (2,7; 10,2), mediante la educación en sus distintas dimensiones y, de modo destacado, la conciencia social y política (1,6.16.17; 2,20; 4,18).

Los obispos ansiaban lo mismo que nosotros ansiamos hoy: “que el dinamismo del pueblo concientizado y organizado se ponga al servicio de la justicia y de la paz” (2,19).

La justicia y, consiguientemente, la paz se conquistan por una acción dinámica de concientización y de organización de los sectores populares, capaz de urgir a los poderes públicos, muchas veces impotentes en sus proyectos sociales sin el apoyo popular (2,18).

Esta dinámica de organización es más necesaria hoy que en 1968.

Y desde la densificación de las personas y del aumento de las asociaciones y los grupos solidarios, se precisa también la constitución o el fortalecimiento de partidos políticos, capaces de proponerse una verdadera transformación estructural. Una transformación no ideológica, sino realista y, por eso, progresiva. No se trata solo de tomar el poder para administrarlo a su favor, tal como se hace ahora.

bilidades muy graves. Definitivamente, este país es posible si lo construimos juntos; nadie tiene que irse, pero, para lograrlo, tenemos que aceptar las responsabilidades que nos conciernen, y todos y todas tenemos que cambiar” (*El Tiempo*, 15 de noviembre de 2015).

Aun cuando esto llegara a ponerse en marcha, será imprescindible lanzar un profundo programa de rehabilitación personal, porque el daño antropológico es mucho más hondo y difícil de erradicar que el problema económico y político.

4.1. Necesidad de rehabilitación

La gravedad de la situación se debe a la existencia de demasiados ciudadanos implicados en delitos. Más en general, predomina la actitud de aprovechar la situación para obtener ventajas individuales, sin considerar el daño causado a los demás. Solo se toma nota del incumplimiento de la norma, porque la permisividad y la impunidad, y, más aún, la discrecionalidad de los funcionarios, son casi totales. En consecuencia, cada uno es libre de hacer lo que sepa y pueda, para favorecerse a sí mismo, con tal de que pague el peaje.

Si bien no se puede dejar de lado la debida compensación³, este daño antropológico no demanda castigo, sino una justicia *regenerativa*, como en el caso de Colombia. Esta justicia es imprescindible, porque, tal como hemos insistido, la justicia meramente legal no es viable, aunque fuera completamente justa. Pero, además, porque este daño antropológico no solo dificulta enormemente la vida social, sino que, además, deshumaniza a quienes lo causan. Por tanto, si estos ciudadanos no se regeneran, la región no es viable. Los causantes de este daño constituyen una minoría muy consistente que, en la actualidad, da el tono a la sociedad latinoamericana.

La división entre lo privado y lo público, y la consideración del encargado de lo público como un agente social y no como una persona dificultan enormemente procesar el problema, incluso reconocerlo. En lugar de considerarlo como un problema social o de país, se tiende a pensarlo como asunto privado de un determinado funcionario que se corrompió. Al no reconocer la repercusión pública de la moral privada, no se interponen mecanismos para impedir o desestimular esa clase de conductas. Solo se adoptan medidas cuando la corrupción se destapa y únicamente para calmar la indignación de la opinión pública. Pero esto es

-
3. Juan Pablo II, glosando la petición del padrenuestro, subraya que todos tenemos necesidad de ser perdonados y, consiguientemente, de perdonar. Pero añade: “una exigencia tan grande de perdonar no anula las objetivas exigencias de la justicia. La justicia rectamente entendida constituye por así decirlo la finalidad del perdón. En ningún paso del mensaje evangélico el perdón, y ni siquiera la misericordia como su fuente, significan indulgencia para con el mal, para con el escándalo, la injuria, el ultraje cometido. En todo caso, la reparación del mal o del escándalo, el resarcimiento por la injuria, la satisfacción del ultraje son condición del perdón. Aquel que perdona y aquel que es perdonado se encuentran en un punto esencial, que es la dignidad, es decir, el valor esencial del hombre que no puede dejarse perder y cuya afirmación o cuyo reencuentro es fuente de la más grande alegría” (*Dives in misericordia* 14).

insuficiente, porque solo se atacan los efectos más visibles, no las causas, y solo eventualmente, hasta que el escándalo es olvidado.

Por esa razón es más difícil pasar del axioma “el que la hace, la paga” a procurar seriamente la rehabilitación del culpable. Pese a ello, debemos comprender la necesidad de una justicia regeneradora, que rehabilite a los culpables.

4.2. El problema: no responder al amor recibido

La ideología del individualismo no permite reconocer que el problema consiste en negarse a responder al amor recibido. Debemos hacernos cargo de que nos vamos haciendo personas por las relaciones horizontales, mutuas y simbióticas —en el sentido literal de darnos vida recíprocamente. En definitiva, debemos practicar asiduamente la simpatía y la misericordia, hasta que ellas acaben por llevar la voz cantante en nuestras vidas.

Este es el meollo de la cuestión y aquí radica la dificultad de esta propuesta, porque el orden establecido inculca insistentemente en la opinión pública que somos individuos, que corremos en la pista de atletismo de la vida. Por tanto, que ninguno puede culpar a los otros de llegar último o de quedarse en el camino. Tampoco se tiene que agradecer a nadie por haber llegado primero. Esto es pura ideología, porque no solo somos imposibles sin el concurso de una cantidad ingente de personas, que nos ha posibilitado ponernos a la altura del tiempo histórico, sino que, como meros individuos, somos impensables. Tampoco es verdad que el concurso de los demás haya sido un contrato de contraprestaciones, por el cual hemos pagado lo debido y por el cual no tenemos nada que agradecer. Hemos comenzado recibiendo gratuitamente, no solo de nuestros padres y familiares, sino de muchas otras personas. Así hemos continuado en la etapa de formación, cada vez más prolongada. Si abrimos los ojos a la realidad, así seguimos, en lo más decisivo de la vida. Por eso, negar la respectividad positiva es un acto de irresponsabilidad, que nos devalúa y nos priva de sustancia humana. Literalmente, somos unos desgraciados.

Ahora bien, devolver el bien con bien —“amor con amor se paga”— no es suficiente, porque es necesario dar el salto a amar gratuitamente, esto es, sin condiciones y a todos. Obviamente, amar no se refiere a los sentimientos cálidos, ni a la atracción vehemente hacia otras personas. Estos sentimientos pueden darse sin amor. Es lo que ocurre cuando solo buscamos satisfacernos en el otro, ya sea porque me da nota o porque la complacencia es mutua⁴. Entendemos por amar

4. Es lo que dice el cantautor venezolano Simón Díaz, en su canción “Caballo viejo”: *“cuando las ganas se juntan”*. Que las ganas de cada uno se satisfagan en el otro nada tiene que ver con el amor, porque siguen siendo las ganas de cada uno y no la entrega al otro, buscando gratuitamente el bien de él.

buscar el bien del otro, desearle el bien y orar a Dios por él. Cuando llegamos a amar de ese modo, nos humanizamos. Naturalmente, para la mayoría de seres humanos, el amor comienza con la aceptación del amor gratuito de los padres y su correspondencia. Cuando ese amor madura, la percepción de gratuidad, que ha posibilitado la propia vida, nos lleva a amar a todos. También a aquellos que, por su comportamiento inhumano, pensamos que no lo merecen, y a aquellos otros que nos han hecho mal. Solo si alcanzamos este punto, buscaremos denodadamente la rehabilitación. Aunque, como hemos insistido desde el comienzo, si somos realistas, debería bastarnos con saber que, si no se rehabilitan, pueden representar un peligro para nosotros.

5. La regeneración del pueblo elegido

5.1. La justicia divina como justificación rehabilitadora

Desde la perspectiva bíblica, Yahvé también se propone rehabilitar a su pueblo, que había dejado de serlo. En efecto, el pueblo adora poderes fácticos, en concreto, a las fuerzas generadoras de la tierra y a la fuerza de los imperios y a la obra de sus manos: la riqueza y el poder. El resultado es el endiosamiento de los de arriba y el desamparo de los de abajo. La falta de cohesión social y de sentido se patentiza en el destierro. Primero, del reino del norte, bajo el poder asirio, y luego, el del sur, bajo el imperio babilónico.

Dios se propone volver a enamorar a su pueblo, para que abandone el sometimiento a los más fuertes y la opresión de los más débiles, y lo busque a él, y con él, encuentre la justicia y la lealtad. De esa manera, será nuevamente su pueblo, un pueblo ya fraterno, con la fraternidad de los hijos e hijas de Dios⁵. En esto consiste, fundamentalmente, la propuesta de Oseas⁶, y tras él, de

5. Para Martini, esa es la característica de la Nueva Alianza: “La Alianza es también restablecer una relación violada. Esto es lo que caracteriza a la nueva Alianza y lo que nos hacer comprender por qué ella tiene en el centro el misterio de la cruz. No es simplemente una actividad promocional de Dios, sino una actividad reconstituyente, que debe poner a punto un mundo despedazado, que debe rehacer una unión herida, lacerada, una relación deteriorada y despreciada”. Ver C. M. Martini, *El evangelio de Pablo*, p. 147 (Estella: Verbo Divino, 2009). Y lo explica con la imagen de los esposales.
6. J. L. Sicre lo explica con toda la claridad posible: “El mensaje de Oseas tiene algo de desconcertante. Nuestra lógica religiosa sigue los siguientes pasos: pecado-conversión-perdón. La gran novedad de Oseas, lo que lo sitúa en un plano diferente y lo convierte en precursor del Nuevo Testamento, es que invierte el orden: el perdón antecede a la conversión. Dios perdona antes de que el pueblo se convierta, aunque no se haya convertido [...] Esto no significa que la conversión sea innecesaria. Pero sí que se produce como respuesta al amor de Dios, no como condición previa al perdón”; *Profetismo en Israel*, p. 278 (Estella: Verbo Divino, 1992).

Jeremías⁷ y Ezequiel⁸. Este último hace una promesa posibilitadora: Dios no solo los va a lavar de sus inmundicias y les va a dar un corazón nuevo, uno de carne y no de piedra, sino que va a infundir su Espíritu en sus corazones, que los capacitará para vivir como pueblo suyo, filial y fraterno.

Pero, de hecho, después del destierro, se impuso lentamente la hipóstasis de la ley. La fidelidad a la alianza consistía no solo en cumplir con el decálogo y los preceptos rituales, sino, además, con la ley de pureza, la cual, con el paso del tiempo, se volvió cada vez más frondosa. Al final, esta ley objetivó la relación con Dios. Así, la relación del pueblo con Dios se redujo a cumplir la ley escrita y la no escrita. En la práctica, esa relación dejó de ser personal, cuando la mediación se sustantivó. La relación llegó a vivirse según las normas⁹, pero sin que significara vivir como hijos y hermanos. La fachada parecía honorable, pero la rehabilitación, pergeñada y prometida por los profetas, no se dio.

-
7. Según el *Nuevo comentario bíblico: san Jerónimo*, la acción de Yahvé de poner su ley en los corazones, equivale a una nueva creación: “puesto que se había comprobado que la conversión era imposible, Yahvé tiene que crear un pueblo nuevo”. Sería la conclusión que sacan Ezequiel y el Deuterocanónico: “Dios crearía en el pueblo ‘un corazón nuevo’ y le daría un ‘espíritu nuevo’”; *Antiguo Testamento*, p. 445 (Estella: Verbo Divino, 2005). A. Neher nos recuerda que esta nueva creación se comienza a realizar, sin embargo, en un tiempo histórico, cuando Judá ha dejado de existir como Estado. La consecuencia es estremecedora: “Dios había sido antaño el espacio de Israel. Con Jeremías se convierte únicamente en su tiempo”; *La esencia del profesitismo*, p. 208 (Salamanca: Sígueme, 1975). Ahora bien, es muchísimo más que el corazón sea por fin de Dios, porque lo ha transformado y hecho suyo; a que la tierra sea de Dios, porque él se la ha dado a los israelitas. Pero como estos no la poseyeron con el espíritu de Dios, los privó de ella, para hacer patente su impostura.
8. “La promesa de un corazón nuevo y de un espíritu nuevo que se hace en vv. 26-27 se asemeja a Jr 31,31-34 y constituye una de las cimas de la teología de Ezequiel sobre la salvación y la justificación que se fundamentan solamente en la gracia de Dios”. “Dará a Israel un corazón y un espíritu nuevos para que pueda obedecerlo y serle fiel (36,26-28; cfr. 11,17-29). El arrepentimiento sigue a la iniciativa salvífica de Dios, pues Israel reconocerá que Dios continúa interviniendo a su favor y en consecuencia se avergonzarán de su comportamiento (16,54; 36,32)”. “Aunque todo cuanto se ha dicho en los vv. 3-52 nos sugiere que Israel carece de fundamento alguno para esperar la misericordia divina, Dios le promete la restauración fundamentándose en la alianza que había hecho con él durante el éxodo. Si Israel ha olvidado, Dios no olvida [...] Este perdón inmerecido sacudirá la propia memoria de Jerusalén y le sacará los colores por su proceder pecaminoso, lo que le hará darse cuenta del tipo de Dios a quien venera”; *Nuevo comentario bíblico*, o. c., pp. 499, 471, 486. Ver también el análisis del mismo texto del *Comentario bíblico latinoamericano*, que concluye: “en todo caso el Señor no se detiene hasta haber renovado plenamente el corazón de su pueblo”; *Antiguo Testamento II*, p. 461 (Estella: Verbo Divino, 2007).
9. Es el caso de Pablo, que afirma de sí mismo que fue intachable (Flp 3,6).

5.2. Rehabilitarse desde Jesús

El proceso de rehabilitación de Jesús comienza por Dios, que lo envía a él, su Hijo eterno, a hacerse nuestro Hermano, de modo incondicional. Así, siendo Hermano nuestro, nos llevó en su corazón, pidió perdón a su Padre en primera persona del plural y recibió el bautismo de penitencia, que Juan administraba. Su Padre nos perdonó, porque Jesús confesó los pecados, con más dolor que todos los pecadores de la historia juntos, y porque su corazón estaba desgarrado por la presencia conjunta de su Padre y de nosotros, que no le éramos fieles a este. Al percibir que su Padre había aceptado su confesión, Jesús se dedicó a pedirnos que nos convirtiéramos a esa buena nueva de que, en él, Dios nos había recibido como a sus verdaderos hijos.

En consecuencia, la rehabilitación no consiste en cumplir un código legal, sino en pasar de donde estamos a la vida filial y, por tanto, también a la vida fraterna, ya que todos tenemos en Jesús de Nazaret al mismo Padre. La rehabilitación consiste en pasar de la honorabilidad social y la seguridad, derivada de las riquezas y del poder, del desamparo y la postración, del arribismo mimético, o de cualquier otro modo de vida, a la fraternidad de las hijas e hijos de Dios. Ahora bien, la mayoría de quienes estaban arriba no veían que debían rehabilitarse. Pensaban que eso solo les tocaba a los pecadores o a quienes, por su pobreza, no vivían según las normas establecidas. Por eso, estos acudieron a Jesús, mientras que los otros se mantuvieron alejados, con algunas excepciones.

Los de arriba, sobre todo, la aristocracia sacerdotal, no solo no quisieron rehabilitarse, sino que entendieron que la propuesta de Jesús era subversiva y lo mataron, para poner ejemplo de lo que no hay que hacer. Sin embargo, él murió pidiendo perdón por ellos, no venganza contra ellos. De ese modo, la cruz culminó la confesión del bautismo¹⁰. Desde entonces, el proceso de rehabilitación está definido y abierto para todos. En este proceso, estamos nosotros y desde ese camino inacabable, proponemos la rehabilitación a los demás. En definitiva,

10. “Debemos superar el *esquema legalista* e incluso dolorista de la *satisfacción* [continúa en nota] que presupondría un esquema de justicia equivocado y una imagen legalista de Dios a quien habría que compensar pagando una deuda exigida por él, en estricta justicia. A saber, la justicia considerada o bien como transacción *comercial*, o bien como meramente *forense* o *vindicativa*. Como si la *satisfacción* que corresponde a la *justicia divina* fuese un requisito previo al ejercicio de la misericordia y separable de esta última. La satisfacción no puede ser ejercida más que en virtud del amor (*cfr.* Tomás de Aquino CG III 157). Porque ‘la ofensa no se borra más que con el amor’; S. Arzubialde, *Humanidad de Cristo, lógica del amor y Trinidad*, p. 114 (Santander: ST, 2014).

tenemos que comprender este camino como una recreación, pues el punto de partida es el deterioro de la creación, de la humanidad y de las personas¹¹.

Desde la perspectiva de Jesús, la rehabilitación tiene dos aspectos: dejar la negatividad y asumir la positividad propuesta. Ahora bien, solo desde la humanidad propuesta, se capta la negatividad en toda su amplitud. Desde cualquier otra perspectiva, en concreto, la de la legalidad y la del orden establecido, la rehabilitación se queda muy corta y es incapaz de designar a un ser con calidad humana. Más aún, puede llegar a comprender a seres humanos totalmente deshumanizados.

Pablo llama “justificación” al proceso de rehabilitación. Esto no significa que Dios declare justo al culpable, desconociendo su pecado. Dios no justifica lo injustificable, porque, en ese caso, sería injusto. Justificación significa que el perdón de Dios, recibido de forma gratuita, posee la virtualidad de hacer justo al culpable, al transformarlo por dentro. Obviamente, si el culpable lo acepta y se deja transformar por su amor¹².

Dios no puede sustituirnos, porque eso sería contrario a su dignidad y a la nuestra. Por eso, el perdón gratuito que nos da, ha de ser personalmente recibido, lo cual equivale a responder a su sí con nuestro propio sí. Aceptar su perdón,

-
11. C. M. Martini, *El evangelio de Pablo*, o. c., pp. 148-149. Según G. Eichholz, la acción de Dios en Jesús, que nos justifica, nos rehabilita y nos santifica, tiene repercusión en toda la creación: “la fe continúa siendo mundana, referida al mundo y conoce también una escatología de la creación (Rom 8,29-30). La acción de Dios abarca la existencia entera del hombre, abarca con el hombre la creación entera. Está tensa hacia un nuevo cielo y una nueva tierra”; *El evangelio de Pablo*, p. 326 (Salamanca: Sígueme, 1977).
12. “Pablo interpreta la justificación en Rom 5,1,9 como demostración del amor de Dios. Es el amor de Dios que se ha derramado en los corazones de los creyentes (Rom 5,5): un amor que, en último término, se identifica con el singularísimo acto de amor que Jesús mostró en su muerte (5,8). Produce reconciliación y paz con Dios y, con ello, una esperanza imperecedera [...] El hombre está sentado en el banquillo de los acusados; él es y sigue siendo el necesitado, a quien Dios ha perdonado por gracia los pecados. Puesto que Dios interviene en favor suyo, al declararlo justo, las deficiencias del hombre quedan suprimidas por la gracia de Dios. De esta manera se retiran todas las acusaciones destructoras y la condena que pesaba sobre él, mientras el hombre no quiera separarse del amor de Cristo y del amor de Dios (Rom 8,35.39)”; K. Kertelge, “*dikaióō*”, en Balz, Schneider, *Diccionario exegetico del Nuevo Testamento I*, pp. 1007-1008 (Salamanca: Sígueme, 1996). “El lenguaje jurídico es alegórico y no permite por ello ‘un continuar pensando en la lógica jurídica’, como aclara y acentúa G. Scherenk. La absolución se identifica con el milagro de la gracia, que puede formularse también diciendo que Cristo murió por nosotros y en su muerte tomó sobre sí nuestro tener que morir”; G. Eichholz, *El evangelio de Pablo*, o. c., pp. 322-323.

entraña reconocernos culpables y reconocer su amor gratuito, que perdona nuestro pecado¹³. Aceptar ese amor, es no aceptar en nosotros aquello que es contrario a él. Así, pues, la rehabilitación es esa transformación dolorosa, lograda por los impulsos de su amor.

La propuesta de Pablo es la teorización de su experiencia vital. Pablo se tenía por intachable, porque cumplía con todas las prescripciones de la ley. Sin embargo, estaba tan ciego que perseguía a inocentes, creyendo que así daba gloria a Dios. Pero a este no lo dejó por imposible, sino que el propio Jesús le salió al paso, como Señor que quería sacarlo de su error y dársele como vida de su vida. Al aceptarlo agradecido, Pablo comprendió el amor incondicional de Jesús, que no solo no lo castigó, sino que se adelantó a comunicársele como gracia agraciadora. Al aceptar su relación, aquello que creía ser un camino de perfección, se le apareció como la pretensión de salvarse por el ejercicio denodado de su voluntad, y no por la acogida de la relación y su correspondencia¹⁴.

La propuesta de Pablo es la misma de Jesús, pero expresada con una terminología distinta. Jesús se adelanta a meternos en su corazón y a pedir perdón, en primera persona del plural, como verdadero hermano. Su Padre acepta esta confesión y nos perdona. A partir de ese momento, Jesús se dedica a exponernos situadamente este acontecimiento, para que respondamos a su sí con el nuestro. La rehabilitación es nuestra respuesta. Así, por ejemplo, cuando una pecadora pública se entera de que Jesús está comiendo en casa de un fariseo, junto con otros comensales fariseos, se dirige hacia allí. Una vez delante de Jesús, se echa a sus pies, porque, por lo que sabe de él, tiene la esperanza firme de que la va a acoger. Cuando lo toca y es acogida, se siente tan reconocida que le abre todo su ser, demostrándole, con todo afecto, su amor agradecido. La fuente de ese amor

13. "Pablo conoce la justicia de Dios como el acontecimiento de Dios, en el que Dios en Cristo afirma al hombre, del que Pablo tan solo puede decir que él no es capaz de subsistir ante Dios". "El acontecimiento de Cristo debe entenderse bajo el signo de la iniciativa y del amor de Dios"; G. Eichholz, *El evangelio de Pablo*, o. c., pp. 322-323.

14. "No desea hacer valer una justicia que fuera suya, 'autónoma' y propia. Su justicia solo puede ser 'relacional' y consiste en no vivir en sí mismo sino en comunión con el Cristo pascual". "Cuando Pablo dice 'fe' lo ha dicho todo: descentramiento radical de sí mismo y se 'su' práctica de la ley, para que solo Cristo pueda manifestar su vida de Hijo en la vida del creyente. Esta vida de Hijo es la del amor que le llevó a la cruz"; P. Bony, *San Pablo. El evangelio "sin Ley"*, pp. 146, 149 (Bilbao: Mensajero, 2000). "El acontecimiento de Cristo es el texto que explica la teología de la justificación [...] la justicia de Dios sucede (aquí todo ha de entenderse dinámicamente) en el acontecimiento de Cristo y es proclamada por Pablo como fuerza salvadora de Dios". "Käsemann ve inseparablemente unidas justificación y santificación. Él las ve incluso 'coincidir, si es que dicho de otro modo justificación es que Cristo ejerce su poder sobre nuestra vida'"; G. Eichholz, *El evangelio de Pablo*, o. c., pp. 323, 324.

es el perdón experimentado. El amor rehabilitador es la respuesta a la dignación de Dios, a través de su Hijo Jesús¹⁵.

Lo mismo sucede con el paralítico, que no quería ser llevado a donde Jesús para que lo sanara, porque creía que su parálisis era el castigo merecido por sus pecados. Pero cuatro amigos lo llevaron, sin su consentimiento. Jesús, al ver la fe de estos, no lo cura, sino que le perdona sus pecados¹⁶. El paralítico acepta con vergüenza y agradecimiento ese perdón, y así, se abre a su poder sanador. Por eso, cuando Jesús le dice que tome su camilla y se vaya a su casa, obedece a la vista de todos, porque con su perdón, se ha sentido rehabilitado y dispuesto a emprender una nueva vida. Zaqueo es otro caso. El primer paso lo da Jesús, que elige su casa para hospedarse, cuando los que se tenían por más dignos, habían pensado que elegiría cualquiera de las suyas. Zaqueo se siente honrado por la presencia de Jesús, que lo ha elegido sin ningún mérito. Su alegría es tanta, que da la mitad de sus bienes a los pobres y promete compensar cuatro veces a quien le demuestre que él le ha cobrado de más¹⁷.

-
15. "Agapao demuestra aquí que para Lucas, la salvación viene de la decisión libre de Dios, de su *jarixomai* ('conceder gracia', v. 42), y del movimiento desinteresado que lleva al hombre hacia Dios (vv. 37-38)"; F. Bovon, *El evangelio según Lucas I*, p. 560 (Salamanca: Sígueme, 1995). "Esta escena constituye uno de los episodios más significativos de todo el evangelio según Lucas [...] sobre todo porque describe de manera plástica la relación entre el perdón de los pecados (realizado por Dios) y el lugar que ocupa en todo este proceso el amor humano y la total donación del propio ser". "El amor describe las consecuencias del perdón". "El amor del que se habla en el v. 47b es la consecuencia de haber experimentado ya el perdón"; J. A. Fitzmyer, *El evangelio según Lucas*, pp. 695, 704, 694 (Madrid: Cristiandad, 1987).
16. M. Navarro afirma que "Jesús no está acusando al paralítico sino que le anuncia el perdón gratuito de Dios". "Buena Noticia es saber que los pecados están perdonados incluso en el caso de que no se pida perdón por ellos. Jesús, así, estaría anunciando un nuevo rostro de Dios". "En el caso del paralítico, que como varón tiene posibilidades sociales para la autonomía y el movimiento, la postración solo puede ser curada después [de] que la persona tome conciencia de su responsabilidad, pero también de las múltiples condiciones gratuitas de que goza en su vida y de ese perdón incondicional y previo de Dios". "Jesús ahora relaciona la parálisis del enfermo con los pecados y muestra que ese perdón de Dios, incondicional y gratuito, actúa liberando a toda la persona. Y llegados aquí, dada la respuesta del paralítico que hace todo cuanto le prescribe Jesús, podemos interpretar la enfermedad del hombre como pasividad y dependencia ante una determinada forma de entender la moral y las obligaciones religiosas"; *Guía del evangelio de Marcos*, pp. 94, 95, 96 (Estella: Verbo Divino, 2006).
17. No hay motivos para pensar que sea un rico estafador y despiadado, como parece indicar J. A. Pagola (*El camino abierto por Jesús, Lucas*, pp. 299-306. Madrid: PPC, 2012), ni, por el contrario, un verdadero israelita, aunque sea rico, como se inclina a creer J. A. Fitzmyer (o. c., IV, pp. 53-67). Simplemente, es una persona que ha

Así, pues, la propuesta cristiana tiene dos dimensiones. La primera, y la más importante, es el perdón gratuito, el cual no es merecido y nunca lo será. Por tanto, Dios se adelanta a perdonar a quien no lo merece. Aquel que reconoce esta merced y la acepta, introduce en su corazón la misericordia divina, que lo trabaja y lo transforma¹⁸. Entonces, y solo entonces, esa persona está en condiciones de hacerse cargo de sus actos. Cuando se responsabiliza, se regenera y, desde ese nuevo estatuto humano, puede ofrecer una reparación al ofendido.

A quienes viven de esta relación con Dios y los hermanos, se les pide abrirse también a este nuevo hermano. Eso es, precisamente, lo que Jesús pide a Ananías respecto a Pablo. Es decir, que no tenga miedo, sino confianza. Le pide que lo admita como compañero, para que pueda consolidar su proceso y para que también se convierta en agente de rehabilitación de otros, ya que ha experimentado en sí la fuerza de ese amor, que saca de la ceguera y transforma¹⁹.

preferido el dinero a la solidaridad con sus vecinos y por eso paga el costo del desprecio de todos. Para F. Bovon, “el encuentro de Jesús es el que provocó la decisión ética de un Zaqueo transformado”. “Zaqueo estaba ‘perdido’ y fue ‘salvado’ en aquel momento por el Hijo del hombre quien, al entrar en su casa, provocó esa transformación”. “La clave hermenéutica: la presencia de Jesús (v. 5b) equivale a la irrupción de la salvación (v. 9a) que, al comenzar hoy, proporciona a Zaqueo una razón de ser, de creer y de obrar por caridad, una salvación escatológica que está insertada en la historia, una salvación cuya dimensión espiritual es indisoluble del componente material”; F. Bovon, o. c., III, pp. 340, 341-342. De acuerdo con él, J. A. Fitzmyer resume así el episodio: “el v. 10 resume no solo este episodio (es decir que un recaudador judío proscrito por la sociedad, se cuenta entre esos ‘perdidos’ a los que se abre la salvación de Jesús), sino también el mensaje soteriológico de la entera narración del viaje de Jesús a Jerusalén, e incluso de todo el evangelio según san Lucas” (o. c., p. 58).

18. C. M. Martini habla, poniéndose en la persona de Pablo, del giro de su predicación en Corinto, tal como aparece en el primer capítulo de su primera carta, tras el fracaso de Atenas (1 Cor 1,17-25): “Comprendí, en resumidas cuentas, que la crucifixión del Mesías y el amor misericordioso del Padre que esta manifiesta son determinantes para la conversión del corazón’. Aquí podría recurrir Pablo a ciertas páginas evangélicas: la conversión de Zaqueo, la conversión de la mujer pecadora en casa de Simón, la conversión del buen ladrón. Es la conversión de quien se rinde al increíble amor de Dios. El mismo hijo pródigo [...] se convirtió cuando el padre le salió al encuentro y le abrazó. Este es el gesto significado por el triunfo del misterio de la cruz y de la increíble misericordia de Dios que ésta revela” (*El evangelio de Pablo*, o. c., pp. 137-138).
19. Después de haberse referido a su conversión y a sus padecimientos, Martini resume la transfiguración de Pablo, en los términos siguientes: “La transfiguración de Pablo es, una vez más, la fuerza del Resucitado que penetra en su debilidad y habita en él”. Y de ahí saca esta conclusión: “Reconocer que Dios, en su misericordia, nos transfigura, es la metodología fundamental” (*El evangelio de Pablo*, o. c., pp. 54, 57).

Así, pues, Pablo presenta en sí mismo el caso más difícil: la regeneración de quien cree no necesitarla, porque se tiene por intachable. En realidad, lo es, pero en el horizonte en el que vive. Dado que Pablo deriva su teoría de un acontecimiento personal, es casi indispensable que este irrumpa en aquella vida que se tiene por fundamentalmente correcta y exitosa. Entonces, podrá percibir que su éxito tiene un costo humano elevadísimo²⁰.

Pero la teoría de Pablo comprende a todos, no solo a quienes se tienen por intachables sin serlo. También abarca, y con más razón, a quienes son conscientes de su pecado, tal como lo muestran los dos ejemplos citados de la vida de Jesús.

5.3. El daño recibido afecta e influye

Veamos ahora el caso más duro, el de quien ha sido ofendido sin dar motivo, aunque el anterior es el más difícil, por las disposiciones personales. ¿Qué puede poner en marcha la dinámica para obrar como Jesús lo hizo con Pablo y como Dios lo hace con todos? ¿Qué motivo puede haber para no vengarse y buscar la rehabilitación del que ha ofendido?

Una motivación puede ser, al menos en teoría, el realismo. Dada la situación de la mayor parte de los países latinoamericanos y, desde luego, de Venezuela, mi país, tenemos que aceptar la conveniencia de que el agresor se rehabilite, para que deje de ser una amenaza. Si solo cumple su condena y sigue igual, cuando la haya cumplido, puede considerarse ofendido y buscar venganza. También puede ocurrir que sus familiares o sus compañeros de fechorías la busquen, mientras él guarda prisión. De esa manera, se instaura una espiral de violencia, que nos devorará a todos. Esto es real, ya ha sucedido. Considerándolo fríamente, nadie puede negar que la rehabilitación sea razonable, para detener esa espiral de violencia. Ahora bien, si el ofendido está poseído por sentimientos negativos, es muy difícil que se abra a la realidad.

Por eso, el cristianismo propone que, si no ha aceptado perdonar al agresor, reconozca que la ofensa también lo ha dañado. De esa manera, admite los sentimientos de rabia y rencor, y el deseo de que le sobrevenga un mal, sino no es que él mismo se lo procura. Si está preso de esos sentimientos, también él debe rehabilitarse, para arrojar fuera de sí esos sentimientos negativos, que lo dañan. Entonces, verá la realidad y formará parte de la solución, no del problema.

Ciertamente, la agresión que daña nuestra integridad física o la de nuestros seres queridos y nuestras pertenencias, nos afecta, pero no atenta contra nuestra humanidad, lo más sagrado que tenemos, el tesoro que nadie nos puede quitar, si no lo consentimos. Existen personas con una libertad tan liberada que, ante la agresión, incluso grave, no actúan reactivamente, sino desde sí mismas, desde su

20. *Ibid.*, pp. 11-26.

corazón filial y fraterno. Al no dejarse llevar por los demonios del odio y de la venganza, cortan el curso de la maldad.

Si la agresión no solo nos afecta, sino que también nos influye y nos lleva a actuar reactivamente, nos colocamos en el mismo plano del agresor, puesto que queremos y buscamos su mal. Cuando consentimos, empezamos a hacernos malos. Si no lo reconocemos, es porque nos hemos entregado a las fuerzas del mal, que impregnan el ambiente. Por eso, es necesario reconocer que el mal se nos ha metido y que tenemos que expulsarlo. El mal solo puede ser vencido a fuerza de bien, aunque en muchas ocasiones no tenemos fuerzas para ello. Por eso, también debemos ser ayudados. Así, pues, no solo los agresores deben ser ayudados, sino que también, en mayor o menor medida, muchos de los agredidos.

6. Recibir misericordia para ofrecer misericordia

Por eso, la propuesta cristiana consiste en recibir la misericordia de Dios y abrirse completamente a ella, de tal manera que nada quede intacto. De esa manera, la misericordia recibida transformará por completo a la persona. Entonces, la misericordia se convierte en el principio de la acción.

La propuesta supone, de nuestra parte, que nos consideremos necesitados de misericordia, y, de parte de Dios, que él, de todos modos, quiera darnos misericordia. La rehabilitación es larga, incluso inacabable. Por eso, hemos de ser pacientes con nosotros mismos y con los demás, y confiar cada vez más en el amor de Dios²¹.

Si somos realistas, comprenderemos que necesitamos misericordia. No solo porque siempre hay aspectos de nuestro ser que no están dirigidos al bien y, por tanto, están enfermos y necesitados de salvación, sino porque no nos fundamos en nosotros mismos, ya que estamos desfondados. Dios es quien nos liga a la realidad y nos religa a él²². Por esa razón, necesitamos de su constante relación de amor. Cuando vivimos en la legalidad, en el éxito, en nuestra honorabilidad, entregados a una pasión que nos domina, no nos consideramos necesitados de su relación de amor. En definitiva, de su misericordia. Por eso, pocos celosos cumplidores de la ley y pocos ricos y poderosos acudieron a Jesús. No tenían

21. Todo esto lo explana luminosamente *ibid.*, pp. 149-154, 155-156.

22. "Todas las cosas son reales, pero ninguna es 'la' realidad. Pero 'la' realidad es real porque me determina físicamente haciéndome ser relativamente absoluto. Luego existe otra realidad en la que se funda 'la' realidad. Y esta realidad no es una cosa concreta más, porque no es 'una' realidad sino el fundamento de 'la' realidad. Y como fundamento de un poder determinante de mi ser relativamente absoluto, será una realidad absolutamente absoluta. Es justo la realidad de Dios. Solo porque esta realidad existe puede haber un poder de lo real que me determina en mi relativo ser absoluto"; X. Zubiri, *Hombre y Dios*, p. 148 (Madrid: Alianza, 1988).

nada que buscar en él, pues creían haber hallado la llave de la vida. No tenían nada que pedirle, porque estaban satisfechos. No tenían por qué llamar a su puerta, porque pensaban que ya habían entrado en el banquete de la vida y de la realización humana. Este es el mayor obstáculo para la rehabilitación de nuestras sociedades. Muchos necesitados de rehabilitación no la buscan, porque creen que ese no es problema suyo, sino de aquellos que no son como ellos.

Dios, por su lado, es únicamente amor, amor infinito, solo amor. En él, todo lo demás es un armónico del amor. Cuando el Estado de derecho administra justicia, hace que sobre el infractor caiga todo el peso de la ley. Este debe pagar una multa o ir a la cárcel. No es una venganza, sino el peso, en cierto modo impersonal, de la ley. Pero Dios no puede hacer justicia de esa manera. Al ser únicamente amor, no puede imponerse a nadie por la fuerza. No puede encarcelar, ni forzar en contra de la voluntad, ni mucho menos matar. Si este fuera el caso, el Creador se negaría a sí mismo, pues se convertiría en un des-creador. Tampoco desaprueba la justicia humana, lo menos malo que hemos creado. Por eso, está en contra de quienes no la practican. Dios es, ciertamente, justo. De ahí que el salmo proclame que “la justicia y el derecho sostienen tu trono” (89,15). La justicia de Dios es un armónico de su amor y, por consiguiente, es regenerativa.

Precisamente, por ser solo amor, lo primero en él no es la misericordia, sino la *simpatía*. Gracias a ella, se compenetra de nosotros: con-siente e incluso consiste con nosotros. Dios pone con amor su corazón en nosotros y nos mira con buenos ojos. Cuando ve miseria en nosotros, su simpatía se vuelve misericordia. Por eso, la misericordia divina se ejerce con los pobres y los pecadores. Algo que todos somos, en alguna medida. Ahora bien, si decimos que no hemos pecado, confundimos la miseria humana con la legalidad y la maldad del corazón con los actos externos. Entonces, nos volvemos ilusos y no caminamos en la verdad (1 Jn 1,8).

Si la misericordia fuera lo primero en la relación de Dios con nosotros, solo vería negatividad y, por tanto, nos vería de arriba a abajo. Esa mirada no nos hace bien, porque nos rebaja. Es preferible no recibir ese bien, dado por lástima, que recibirlo junto con el desprecio. Hace más daño el desprecio que el bien específico recibido. Es propio de personas dignas rehusar esa clase de dádiva, aunque permanezcan en su miseria. Además, es indigno de personas dignas dar algo a alguien, haciéndole sentir su inferioridad. Quien da de esa manera, no sabe que la dignidad de cada persona es inamisible. Haga lo que haga, no la puede perder. Mucho menos es privada de ella, por no disponer de medios de vida, muchas veces sin culpa.

6.1. Dios se coloca al lado de las víctimas

Dios tiene misericordia de nosotros. Pone su corazón en nosotros, porque nos quiere, aunque tengamos miserias físicas y morales. Por eso, dice querer a los pobres como a las niñas de sus ojos (Dt 32,10s; Sal 17,8), que nos tiene tatuados

en las palmas de sus manos (Is 49,16), y grabados como un sello en los brazos y el corazón (Cant 8,6). Como dice la parábola de la mujer que barre la casa para buscar la moneda que había perdido, el pecador no es digno de lástima para Dios, sino algo valioso. Le duele que las personas, sus hijas e hijos, sufran el secuestro, la muerte o el robo a mano armada, el hurto de algo valioso, la carencia prolongada, incluso habitual, de lo necesario para vivir, la soledad o la sobrecarga familiar, que las extenua.

A estas personas se les pide creer que no están solas, pues Papa-dios las acompaña con entrañas de madre. Les quiere dar su compañía y se ofrece para ser su compañero estable, con quien pueden desahogarse y comentar aquello que las agobia. De esa manera, recibirán su paz y su fuerza. También les dice que puede coexistir con los dolores más acerbos. Les dice que, si creen en él, no están desvalidas, que reciben su amor, la fuente de la vida e incluso de la alegría. Les dice que no se preocupen, porque están en sus manos. Y por eso, deben reservar todas sus energías para ocuparse de lo que conduce a la vida propia y a la de los demás. Así, todo saldrá mejor.

A Dios le duele más cuando nos dejamos llevar por la frustración, el odio y los deseos de venganza, porque sabe que eso no nos hace bien. Nos daña y nos quita la libertad, pues es un sentir reactivo. Él quiere que nuestra vida salga de nosotros mismos, de lo más genuino, del amor. Un amor que él ha puesto en nuestros corazones, a través de su relación constante. Por esa razón, recuerda a las víctimas que son hijas de su amor, no solo del de sus padres y del de tantos otros seres queridos, sino que también, desde antes y constantemente, del suyo. Su amor las coloca en la existencia y les da libertad para actuar desde ellas mismas, desde lo más genuino: desde el amor recibido. Les dice que comprende su dolor, pero que no desea que se dejen vencer por el mal recibido, porque les ha reservado su don más exquisito: vencer el mal con la fuerza del bien. Así serán hijas e hijos de Dios, que hace salir su sol sobre buenos y malos, y que envía la lluvia sobre los justos y los pecadores. No porque sea indiferente a lo que hacemos, sino porque quiere ratificar su bondad a los buenos y vencer a los malos a fuerza de bien.

Dios siempre se coloca al lado de las víctimas. Pero no quiere que estas se reduzcan a su condición de víctimas, sino que vivan siempre desde su condición de hijas suyas. Eso es, precisamente, lo que hizo de modo eximio con su Hijo único y eterno. En la cruz, Jesús culminó su condición de Hijo y Hermano, cuando sintió el abandono de su Padre y de sus amigos, y que moría como un fracasado, a merced de sus enemigos. Murió arrojándose en los brazos de su Padre, a quien no palpaba, llevándonos en su corazón y pidiendo perdón para

quienes lo asesinaban. Así, y no menos, quiere que seamos nosotros²³. Derramó su propio Espíritu sobre cada ser humano, para rehabilitarnos. Nadie puede cumplir este deseo con sus propias fuerzas. Tampoco nadie puede alegrar que no tiene fuerzas, porque en todos alienta su Espíritu. Aun cuando no lo sentimos, podemos contar con él y con su impulso trascendente, pues el Espíritu de Dios no es una fuerza de este mundo.

6.2. Dios busca la rehabilitación de los victimarios

Dios tampoco da por perdidos a los victimarios. El papa les dedica, patéticamente, dos largos párrafos de su llamado a la penitencia, al promulgar el año santo de la misericordia.

Mi invitación a la conversión se dirige con mayor insistencia a aquellas personas que se encuentran lejanas de la gracia de Dios, debido a su conducta en la vida. Pienso de modo particular en los hombres y mujeres que pertenecen a algún grupo criminal, cualquiera que este sea. Por vuestro bien, os pido cambiar de vida. Os lo pido en el nombre del Hijo de Dios, que si bien combate el pecado nunca rechaza a ningún pecador. No caigáis en la terrible trampa de pensar que la vida depende del dinero y que ante él todo el resto se vuelve carente de valor y dignidad. Es solo una ilusión. No llevamos el dinero con nosotros al más allá. El dinero no nos da la verdadera felicidad. La violencia usada para amasar fortunas teñidas de sangre no convierte a nadie en poderoso ni inmortal. Para todos, tarde o temprano, llega el juicio de Dios, al cual ninguno puede escapar.

La misma llamada llegue también a todas las personas promotoras o cómplices de corrupción. Esta llaga putrefacta de la sociedad es un grave pecado que clama al cielo pues mina desde sus fundamentos la vida personal y social. La corrupción impide mirar el futuro con esperanza, porque con su prepotencia y avidez destruye los proyectos de los débiles y oprime a los más pobres. Es un mal que se anida en gestos cotidianos para expandirse luego en escándalos públicos. La corrupción es una obstinación en el pecado, que pretende sustituir a Dios con la ilusión del dinero como forma de poder. Es una obra de las tinieblas, sostenida por la sospecha y la intriga. *Corruptio optimi pessima*, decía con razón san Gregorio Magno, para indicar que ninguno puede sentirse inmune a esta tentación. Para erradicarla de la vida

23. "El mundo de los hombres puede hacerse cada vez más humano solamente si en todas las relaciones recíprocas que plasman su rostro moral introducimos el momento del perdón, tan esencial al evangelio. El perdón atestigua que en el mundo está presente el amor más fuerte que el pecado. El perdón es además la condición fundamental de la reconciliación, no solo en la relación de Dios con el hombre, sino también en las recíprocas relaciones entre los hombres" (*Dives in misericordia* 14).

personal y social son necesarias prudencia, vigilancia, lealtad, transparencia, unidas al coraje de la denuncia. Si no se la combate abiertamente, tarde o temprano busca cómplices y destruye la existencia.

¡Este es el tiempo oportuno para cambiar de vida! Este es el tiempo para dejarse tocar el corazón. Ante el mal cometido, incluso crímenes graves, es el momento de escuchar el llanto de todas las personas inocentes deprimidas de los bienes, la dignidad, los afectos, la vida misma. Permanecer en el camino del mal es solo fuente de ilusión y de tristeza. La verdadera vida es algo bien distinto. Dios no se cansa de tender la mano. Está dispuesto a escuchar, y también yo lo estoy, al igual que mis hermanos obispos y sacerdotes. Basta solamente que acojáis la llamada a la conversión y os sometáis a la justicia mientras la Iglesia os ofrece misericordia (*Misericordiae vultus* 19).

Lo más difícil es la rehabilitación de quienes creen no tener necesidad de ella. Estas personas viven encerradas en sí mismas, en su honorabilidad, se contentan con la satisfacción que da el cumplimiento del deber y confían en la seguridad y el prestigio derivados de las riquezas y del poder. Estas personas no conocen la relación gratuita y, por tanto, tampoco conocen el amor. Por eso, no es fácil que perciban la misericordia de Dios. Tampoco la valoran. Son personas satisfechas, que piensan que la misericordia de Dios las rebaja. De Dios solo esperan la recompensa por sus méritos.

Si un contratiempo serio no las hace caer en la cuenta de la insuficiencia radical de su instalación, si por alguna razón no abandonan esa posición cómoda y miran de frente lo que antes era invisible o sin sentido, si no se sienten inclinadas a establecer una relación gratuita y humanizadora, no superarán la relación comercial o de mera complacencia. No podrán entablar, ni desear una relación gratuita. Menos aún, comprenderán la deshumanización de vivir encerradas en sí mismas o en su dinero. Y mucho menos, aceptarán que son injustas, pues alegrarán que se atienen a la legalidad y a jugar el juego establecido, porque así es la vida.

Entonces, ¿no hay salvación para ellas? La posibilidad de una regeneración más estructural se dará cuando una multitud de ciudadanos, con libertad liberada, logre establecer una democracia genuina y leyes justas, aplicadas justamente. De esa manera, los obligarán a pensar en los demás y a compartir sus ganancias, a través de salarios más altos y de una seguridad social eficaz, financiada, en parte, por ellos y por impuestos progresivos sobre el patrimonio. Pero esto solo será posible si no lo consideran una retaliación, una lucha de poderes, sino el restablecimiento de una solidaridad básica, que entraña el reconocimiento de sus aportes, tanto en la creación como en la distribución de la riqueza. Pero esa solidaridad básica debe mantenerse, aun cuando aquellos que se sienten perjudicados no lo vean. Se trata de mantener la respectividad positiva. No interesa solo su dinero, sino también su integración, en el conjunto personalizado de la sociedad. El

fundamento de esta actitud es el reconocimiento de los lazos que nos constituyen en seres humanos personales.

6.3. La justicia regeneradora

Desde la perspectiva cristiana, la propuesta de la justicia remite al reconocimiento de que no somos individuos aislados, sino que nos constituimos en personas por la aceptación de la relación de Dios con nosotros, relación que nos convierte en hijos suyos, y por la aceptación de los vínculos de fraternidad, que enlazan a los hijos de Dios, es decir, a todos los seres humanos. La fraternidad de los hijos de Dios se asienta en la respectividad real de todos los seres humanos, que constituye el fundamento de la humanidad, entendida como cuerpo social real y no solo como referencia ideal. A su vez, la humanidad se afianza en el sistema de sistemas, que compone la tierra. La humanidad pertenece realmente a la tierra y es, al mismo tiempo, la más alta expresión de la evolución de la vida.

La libertad moral, el nivel de realidad donde se mueve el ser humano en cuanto tal, no opera autárquicamente. No establece desde sí misma los paradigmas para elegir. La libertad, en cuanto distinta del libre albedrío, se libera y se realiza cuando la persona se hace cargo responsablemente de su condición terrena y de miembro de la humanidad.

Esta perspectiva impide sacralizar los lazos étnicos o la pertenencia a instituciones, y reducir la persona al individuo y a sus contactos, establecidos según sus preferencias. Por un lado, descarta que el ser humano pertenezca a su familia, a su etnia o a una institución, incluida la eclesiástica, y que estas le dicten su comportamiento. Por otro lado, rechaza la sociedad del riesgo, en la cual cada individuo recibe íntegramente su ganancia y construye privadamente su sistema de seguridad, sin la mediación del Estado. La eliminación de las instituciones y de los mecanismos que representan y encauzan la solidaridad no hace justicia a los vínculos que nos configuran. Esa es una irresponsabilidad, que dificulta hasta casi impedir la vida de otros y deshumaniza la vida de quien se entrega a ese esquema. Ciertamente, la movilidad es mucho mayor, pero es una movilidad equiparable a la volatilidad: unos pocos suben ilimitadamente, mientras la mayoría baja indeteniblemente. El resultado es la polarización creciente, la cual, en sí misma, es una terrible violencia y una pérdida de sustancia humana en los vencedores.

Asimismo, es irresponsable delegar completamente en el Estado, o en otra institución, la expresión solidaria, tal como lo hizo la sociedad del bienestar, porque eso sería no cargar personalmente con la tierra y la humanidad, sino descargarse en otros. La propuesta es equilibrar la delegación en el Estado con la participación personal, una alternativa que admite múltiples posibilidades.

Pero este no es el punto de partida. No vivimos en una sociedad justa, porque los fautores de la dirección dominante no han hecho justicia a la respectividad

que los constituye. Tampoco ha habido una masa crítica de ciudadanos con la libertad liberada y con suficiente capacidad y determinación para cambiar el rumbo. Por eso, hablamos de justicia rehabilitadora. Así, pues, la rehabilitación no es solo, ni principalmente, para quienes no viven dentro de los parámetros de la legalidad vigente, sino para quienes los han establecido, los mantienen y se aprovechan de ellos, para su provecho privado.

La poca regeneración de los tenidos por malhechores es el signo más evidente de que la sociedad está estructuralmente movida por los demonios del provecho privado, que desconoce los lazos constituyentes con los demás. De ahí que ella misma esté necesitada de regeneración moral, pues es parte del problema, razón por la cual no lo puede resolver.

7. La misericordia, una relación mutua

Respecto a la misericordia, nadie da de lo que le sobra. Al contrario, solo *el que se sabe necesitado de misericordia puede darla genuinamente*, al hacer con los demás lo que quisiera que hicieran con él, tal como nos pidió Jesús. Más aún, tiene misericordia quien es consciente de recibirla continuamente de Papa-dios. Por eso, da de lo que recibe y lo incorpora plenamente a sí mismo, precisamente, al darlo.

La misericordia, si es genuina, siempre es una relación mutua. Así lo afirma provocativamente Juan Pablo II, en *Dives in misericordia*. La misericordia no merece el nombre de cristiana, si quien la ejerce no experimenta recibirla de aquel a quien se la da²⁴. La relación, por ejemplo, con un enfermo pobre tiene que contener esta reciprocidad. Lo mismo si la tengo con un asaltador. Así, pues, se necesita la misma gratuidad de Dios, la cual siempre es posible, por el Espíritu que él nos da.

7.1. La recepción del cristianismo obra la rehabilitación del sujeto

La rehabilitación cristiana contiene dos dimensiones, que suelen vivirse como dos fases consecutivas. La primera adviene cuando se ha proclamado el evan-

24. "El amor misericordioso, en las relaciones recíprocas entre los hombres, no es nunca un acto o proceso unilateral. Incluso en los casos en que todo parecería indicar que solo una parte es la que da y ofrece, mientras la otra solo recibe y toma (por ejemplo, en el caso del médico que cura, del maestro que enseña, de los padres que mantienen y educan a los hijos, del benefactor que ayuda a los menesterosos). Sin embargo, en realidad, también aquel que da, queda siempre beneficiado [...] Solo entonces, en efecto, es realmente un acto misericordioso: cuando practicándola nos convencemos profundamente de que al mismo tiempo la experimentamos por parte de quienes la aceptan de nosotros. Si falta esta bilateralidad, esta reciprocidad, entonces nuestras acciones no son aún auténticos actos de misericordia" (*Dives in misericordia* 14).

gelio de Jesucristo a la persona, esto es, cuando se le anuncia que Dios quiere establecer con ella una alianza incondicional. La alianza consiste en que él quiere entrar en la vida de cada persona, entregándose hasta el punto de ser su Dios. Así, pues, él viene a nosotros, no para ejercer derechos, y menos para ajustar cuentas, sino para entregarse a nosotros, porque es amor misericordioso. Como no viene como dueño, viene solicitando nuestra libertad. Reina en nosotros, si le abrimos nuestro corazón²⁵.

Quien se hace cargo del significado de que su Creador personal y también del universo desee establecer una cercanía tan absoluta y tan respetuosa con él, y quien comprende que ha hallado gracia a los ojos de Dios, no puede dejar de experimentar una inmensa alegría. En efecto, Dios ha puesto los ojos en él y le hace el regalo de su compañía permanente e incondicional. La persona que abre su corazón y su vida a esa presencia amorosa, no dejará de experimentar la dureza de la situación, pero ya no será la misma. Ya no está sola, sino que es una persona elegida, amada y habitada. A partir de ese momento, ya no busca el triunfo profesional o el consumo, como certificados de que está viva y existe. Tampoco los considera una tabla de salvación. Por eso, los busca sin angustia, con libertad y sin someterse a sus exigencias.

Podrá sentir hambre, pero también podrá decir con verdad que no solo de pan vive el hombre y que la relación con Dios es fuente de vida para ella. Le dolerá la exclusión social, de la cual es víctima, y sentirá la tensión que genera en su medio ambiente, pero procesará esa dureza y compensará ese desgaste desde el reconocimiento de Dios que experimenta. Indudablemente, sentirá la tentación de dejarse llevar por sus impulsos más elementales, que la llevarían a la desintegración personal y a deshumanizarse, pero la calidad de esa compañía la ayudará a volver sobre sí misma y a avanzar constantemente en humanidad, en medio de la debilidad que no cesa.

La segunda dimensión adviene cuando la alegría de tanto bien recibido suscita el deseo, cada vez más hondamente sentido, de corresponder y de entregarse también hasta ser de Dios como Dios es de uno. Entonces, se toma la determinación de que esa relación reconfigure la vida. Esta decisión no es voluntaria, sino que va siendo posibilitada por las energías que despierta la presencia de Dios. Es el fruto de su amor, derramado en nuestros corazones. La acogida de Dios y la salida de uno mismo, por los impulsos de ese amor agradecido, suavizan, airean,orean y sanan lo que se mueve en nuestro interior, lo canalizan y lo potencian.

El proceso transcurre a la luz de la verdad. El amor de Dios tiene un componente doloroso. Al ser incompatible con la mentira, derriba máscaras,

25. P. Trigo, *El cristianismo como comunidad*, pp. 128-129 (Miami: Convivium Press, 2008).

excusas y defensas. De esa manera, va llevando a la desnudez, es decir, a la realidad personal y a la verdad de su historia. Esta relación desengaña para que advenga la verdad, desilusiona para que quepa la verdadera esperanza y desencanta para que se dé el encuentro total. Este dolor sana profundamente y da la verdadera sabiduría.

A medida que esta etapa avanza, la persona va saliendo de sí misma, cada vez más segura. La fe, la relación de confianza total, se expresa en el amor solidario. La persona pasa así del horizonte de derechos y deberes al de las responsabilidades. La respuesta al amor recibido, en sentido estricto, es hacerse cargo de los hermanos. Cuando a la persona le sale servir y cuando en ello encuentra su alegría, está completamente rehabilitada.

7.2. El proceso de rehabilitación

El proceso de rehabilitación no puede ser programado, porque es histórico y personalizado, avanza desde lo más factible a lo más difícil, pues solo fomentando lo bueno se puede superar lo malo. En cualquier caso, no puede obviar el proceso doloroso de enfrentar los propios demonios, de echarlos fuera o transformarlos. Solo pueden objetivarse los elementos a tomar en cuenta.

El punto de partida es tomar conciencia de la necesidad de cambiar, de que se puede cambiar y de que el cambio es bueno, aun cuando sea doloroso y suponga un gran costo. Ahora bien, es difícil aceptar que la dignidad ha sido dejada de lado, que la ha mancillado y que ha caído de su estado de humanidad. Es doloroso, porque nunca se pierde la dignidad. Al contrario, la dignidad, que habita en el fondo de la persona, hace ver la mancha, la culpa y la ofensa a otros seres humanos, dignos como ella, y a Dios, su Creador y Padre. Por ser esto muy doloroso, la persona tiende a disfrazarse de aquello que sabe que no es. Así, hace alguna obra buena para calmar el remordimiento, se distrae con mil ruidos, ya sean ocupaciones tenidas como perentorias o placeres que ocupen todo el espectro de la conciencia, y, más radicalmente, el esfuerzo insomne para mantener el poder o el estatus, que en el fondo sabe son injustos.

También puede suceder que la persona esté dividida, pues aunque todo lo malo es verdad, existen algunas relaciones, tenidas como sagradas, que han quedado intactas y las sigue fomentando, por ejemplo, con la mamá, con alguna persona muy querida y respetada, con algún amigo de la infancia, con algún necesitado o con alguna institución de ayuda.

Cuando la percepción de la corrupción es *vox populi*, la persona que no quiere oírla, tiende a encerrarse en los que están como ella, esto es, en la organización, en el aparato y en sus adeptos, que le deben favores y la halagan. Desde ese bastión, descalifica la descalificación como malintencionada, envidiosa o propia de enemigos e incapaces. Sin embargo, la acusación pública a veces está dema-

siado presente y acaba haciendo mella. Entonces, empieza a no poder saborear el fruto de la corrupción, porque la conciencia de su origen injusto es insoslayable.

Tal vez, alguien del entorno, que la quiere bien y no se aprovecha de su posición, se lo ha venido a reclamar de buen modo y por su bien. Tal vez un error o una infidencia de algún comprometido ponen al descubierto algún negocio doloso, que la persona no tiene más remedio que encarar. A veces, sus contendores o algún investigador de la opinión pública sacan a la luz un entramado sucio y resulta demasiado cuesta arriba defenderse, porque los señalamientos son tan precisos que no pueden ser desmentidos. A veces, la experiencia de un problema personal, como la muerte o el abandono de un ser querido, muestra lo poco que sirven los recursos mal habidos. Quizás la persona está harta de la vida que lleva, pero como no ve posibilidad de cambiar, no se anima. O, más radicalmente, el cambio de situación implica el fin de la impunidad y, por lo tanto, debe enfrentar la justicia o la condena. En cualquier caso, por un camino o por otro, la persona acaba por aceptar, al menos en su fuero interno, que ha obrado mal y que ese continuado obrar mal, de un modo u otro, la ha maleado.

Cuando se alcanza ese momento, la cuestión es percibir que no todo está perdido, que no se está internamente marcado, aunque pueda estarlo para gran parte de la sociedad. No es fácil percibir que uno se puede rehacer cuando, al fin, se asume la propia culpa. Todo lo que había estado tapado, se destapa y tiende a totalizar a la persona, ocupando toda su conciencia. El peso es insoportable. La impresión de haber caído muy bajo tiende a desmoralizar.

En esa tesitura, alguien tiene que certificar que no todo está perdido, que al menos él confía en ella y le tiende una mano. Muchas veces ayuda que alguien ponga en contacto con el Dios que perdona gratuitamente, porque a él le interesa, de manera absoluta, no su ley, la cual ha sido quebrantada, sino el bien de la persona. La percepción de que Dios quiere su bien, que la aguarda y la llama a cambiar de vida, puede dar mucha esperanza y convertirse en la palanca que necesita.

De esta manera, se puede llegar a entender y a sentir que ese costoso cambio es un bien para la persona. Más aún, que dadas las circunstancias, es el mayor bien posible. Entonces, se trata de dar pasos en la dirección correcta y de dejar las actitudes y relaciones fomentadas hasta entonces.

Cuando la persona percibe su estado como humanamente miserable y da pasos en la dirección humanizadora, la invade la alegría, que la estimula a continuar en esa dirección. La alegría interna es muy importante, porque, por lo general, la persona percibe que el camino emprendido es desgastante, ya que exige mucho más trabajo y es económicamente menos provechoso. Por eso, es muy conveniente que el trabajo o, más en general, los contactos sean socialmente útiles. La percepción de convivir y aportar a otros puede compensar la menor

retribución económica y, por lo tanto, la menor disponibilidad de dinero para vivir cómodamente.

Asimismo, anima mucho percibir la sorpresa agradable en los otros, al verlo reaccionar de manera tan contraria a la anterior y a la opinión que se habían formado de él. La incredulidad de los que piensan que el cambio es imposible y que interpretan lo que ven como una estratagema, aunque comprensible, siempre duele. Pero es un dolor saludable. Por eso, es muy conveniente que quien ha emprendido decididamente el proceso de rehabilitación, se conecte con ambientes que lo animen a continuar, a pesar de las dificultades.

8. Los pobres y la justicia regeneradora

Los pobres son los empobrecidos por el sistema, que no solo oprime, sino que cada día excluye a más personas, al sacarlas primero de la educación de calidad y la seguridad social y luego del mercado laboral. De esa manera, les niega un puesto en la sociedad. Los excluidos actuales no son el ejército de reserva, teorizado por Marx, que servía como muro de contención a las exigencias de los sindicatos, pues sobaban los aspirantes a ocupar los puestos dejados por los sindicalizados, porque los patronos no cumplían con sus demandas. Los descartados de hoy en día nunca encontrarán trabajo. El papa Francisco es el líder que más sistemática y duramente ha denunciado este mecanismo del occidente globalizado, que usa y desecha, no solo las cosas, sino también, y más aún, a las personas.

El ejemplo más claro de la cultura de la fugacidad es el automóvil. Los fabricados hasta la década de 1960 eran para toda la vida, como fehacientemente se constata en Cuba. Los de hoy, a los pocos años comienzan a deteriorarse, pieza por pieza, hasta que se impone la necesidad de comprar otro. Frente a ello, ha surgido una cultura más conservacionista, que recicla en lugar de desechar. Así se procede ya en los países desarrollados con el papel, el vidrio e incluso los desechos orgánicos.

Pero este espíritu conservacionista no incluye aún a las personas y los países. La devastación del Oriente Próximo y del Oriente Medio es el ejemplo más claro de la irresponsabilidad de las potencias, cuya primera opción es destruir, sin reparar en los muertos, los desplazados y las ruinas. Peor aún, Rusia exhibe sus armas para que se las compren, sin reparar en las ciudades destruidas y los muchísimos muertos, la mayoría civiles. El mismo planteamiento se hace ante la caída de la rentabilidad. La primera opción es despedir a los trabajadores o cambiar el destino de la tierra o los galpones para utilizar menos fuerza de trabajo. El hambre de ganancias líquidas ha llevado a la insensatez de disminuir drásticamente la asignación a investigación y a aumentar la de innovación, que los grandes financistas absorben como ganancia.

Hasta las últimas décadas del siglo pasado, los pobres eran los empobrecidos por este sistema, ya que el desarrollo de las fuerzas productivas da para que nadie pase hambre. Las relaciones de producción injustas son las que impiden que los recursos lleguen a todos. En la actualidad, la injusticia y la desigualdad han llegado a tales extremos que expresan la capacidad del sistema para excluir no solo a crecientes sectores populares, sino también a un sector cada vez más grande de la clase media. Los empobrecidos, mucho más que los pobres, ponen en evidencia la inhumanidad e irracionalidad de este sistema de rapiña insensata. Por eso, su mera existencia proclama lo necesitados que están de rehabilitación humana los que lo dirigen y se aprovechan de él.

Los empobrecidos no constituyen un daño colateral del sistema. No es verdad que cada esfera de la realidad social goza de autonomía y, por tanto, se autorregula. No es verdad que los seres humanos que lo ponen en movimiento, según su propia lógica, no sean responsables de los efectos colaterales. Esos seres humanos son sus autores y sus gestores. En una sana lógica, muchas de las ganancias que van a parar a manos de los grandes inversionistas deberían ser destinadas a la investigación y la innovación, y a los productores. Así, estos estarían en condiciones de convertirse en eventuales compradores de lo que producen. Pero como prima la lógica de los grandes inversores, la economía real cae en picada.

La irracionalidad es tal que ponen en peligro no solo la vida de las grandes mayorías, sino también el equilibrio de la tierra y, por tanto, la vida del planeta. Esta es la tesis de la encíclica *Laudato Si'*: "*Un verdadero planteo ecológico se convierte siempre en un planteo social, que debe integrar la justicia en las discusiones sobre el ambiente, para escuchar tanto el clamor de la tierra como el clamor de los pobres*" (n. 49). Cada vez son más numerosas las voces que alertan de la inminencia de la catástrofe. La mayor prueba de que no existe democracia es, precisamente, la capacidad que han tenido hasta ahora los grandes financistas para neutralizar a los políticos.

El sometimiento de la política ante la tecnología y las finanzas se muestra en el fracaso de las cumbres mundiales sobre medio ambiente. Hay demasiados intereses particulares y muy fácilmente el interés económico llega a prevalecer sobre el bien común y a manipular la información para no ver afectados sus proyectos (n. 54).

Las masas de empobrecidos y las tierras arrasadas evidencian que la dirección dominante de esta figura histórica no solo es radicalmente injusta, sino que también es insensata, ya que no solo lleva a la muerte lenta a muchos millones de seres humanos, sino que, además, hace invivible el planeta. Se trata del homicidio, incluido el de quienes provocan esta catástrofe. Así, pues, la catástrofe inminente evidencia la deshumanización de los que comandan este sistema y de los que se aprovechan de él y, por tanto, la perentoria necesidad de que tomen

conciencia de su extravío y se regeneren, para que todo pueda enrumbarse y recuperemos la dirección solidaria y biófila.

La primera función de los empobrecidos y de la tierra desequilibrada, rumbo a la catástrofe, es poner en evidencia la magnitud del mal, que la engañosa normalidad se empeña en ocultar.

8.1. Los pobres nos permiten acceder a la realidad y “realizarnos”

Los pobres no son una mera magnitud negativa, que hace ver la inhumanidad del sistema. En su dolor, claman a Dios. Ellos son, como insiste el papa Francisco, la carne de Cristo que clama, el pueblo crucificado que reclama justicia, en el cual reclama el mismo Dios. Reclamo definitivo, que decide nuestro destino absoluto, nuestra humanización o nuestro fracaso. Ese es el sentido de la escena del juicio final de Mateo 25, que incansablemente tematiza el papa Francisco²⁶.

Todavía de manera más primaria, los pobres son la oportunidad para abandonar el confinamiento en el propio mundo y acceder a la realidad. El mundo de vida de cada uno no llega a la realidad, porque se queda en lo particular. El paso de lo particular a la realidad, incluso antes, el reconocimiento de que no se vive en la realidad, solo se da cuando la persona reconoce el rostro del otro²⁷, entendiéndose por tal no el prójimo —en el sentido literal de próximo—, sino el que no cabe en el mundo de vida, el que no puede ser totalizado, el que ha sido echado fuera. Cuando ese dejado fuera, porque no aporta nada, paradigmáticamente, el pobre, aparece como un rostro que reclama, entonces, se percibe que uno estaba confinado en una particularidad. Ese reclamo pone a la persona en su sitio y le permite asomarse al exterior, a la realidad. Si responde de manera positiva, sirviendo horizontalmente al otro, llega a ser persona, en el sentido literal de la palabra, se realiza: se hace real.

Hay que decir, además, que en ese otro reluce el Otro. En la aceptación del otro, se acepta realmente al Otro. Esta es la primera misión de los pobres, una misión decisiva y definitiva para la rehabilitación humana.

8.2. No pocos pobres están necesitados de rehabilitación

Ahora bien, no se puede desconocer que también entre los pobres hay quienes han dejado de lado su dignidad y han internalizado las pautas del sistema. Aunque son oprimidos, ladeados y despreciados, ellos hacen lo mismo en su ambiente. Algunos concluyen que la vida es así, que ellos no han inventado ese

26. P. Trigo, “El papa Francisco, expresión actualizada del Concilio Vaticano II”, nota 294, *ITER* 69 (2016), 125-126.

27. E. Levinas es el que teoriza este modo de superar el confinamiento en el sujeto, en *Totalidad e infinito* (Salamanca: Sígueme, 2012).

juego perverso y que no les queda más remedio que jugarlo sin piedad, puesto que tampoco la han tenido con ellos.

Estos pobres hacen de intermediarios de las organizaciones urbanas. Tratan sumisamente a los de arriba y despóticamente a los de abajo. Algunos son dirigentes barriales, que se aprovechan de su cargo para fines privados. O prestamistas, que cobran intereses usurarios. O comerciantes, que venden a sus vecinos lo que han adquirido en grandes mercados muchísimo más caro. O son asaltantes en la ciudad, en los barrios distantes y en el mismo barrio. O forman parte de bandas organizadas, que controlan zonas extensas y extorsionan sistemáticamente. O aguantan droga o la distribuyen o la consumen, para lo cual roban. O drogadictos, que matan despiadadamente sin conciencia de lo que hacen. O, cansados de una tensión tan continua para mantenerse con vida, se entregan al demonio de la bebida o del sexo y destrozan tanto sus hogares como la convivencia vecinal. O, urgidos por la necesidad, hurtan, aun cuando no se lo planteen, porque no quieren hacer violencia; pero de todas maneras, socavan la confiabilidad del vecindario. O desprecian y se sienten superiores a todos, razón por la cual no hablan con sus vecinos.

Es indudable que no pocos pobres necesitan rehabilitarse. El ambiente de tanta necesidad, abandono y desprecio; el cansancio de tanto esfuerzo continuo con tan pocos resultados; más todavía, la seducción de la publicidad, que incita a creer que no se es nadie si no se consume lo publicitado; y el pésimo ejemplo de la dirección dominante, exhibido en los medios de comunicación, los ha empujado a un estado de inhumanidad, que exige una urgente rehabilitación. Sin embargo, nada de esto anula la responsabilidad personal.

8.3. Los pobres con espíritu: paradigma de humanidad y fuente de humanización

No faltan pobres que se dejan llevar por la falta sentida de energías y se limitan a sobrevivir, en el sentido más estricto. Otros viven amargados y resentidos, y descargan en su entorno la rabia que no pueden descargar en los causantes de su desdicha. Otros, que se sienten más capaces, dan la espalda a los suyos y tratan de subir lo que pueden, hasta adentrarse en el sistema, o se vuelven sus intermediarios. Es una mediación asimétrica, que los identifica con el sistema, sin fidelidad a los suyos. Otros viven miméticamente, deseando lo que raramente alcanzan de forma residual.

No es menos verdad que muchos empobrecidos no se echan a morir por la insuficiencia radical de recursos, ni se dejan llevar por el resentimiento, la rabia y las ganas del desquite. Tampoco dan la espalda a los suyos, ni se mimetizan, sino que, afincados en la dignidad humana, sacan lo mejor que tienen y se habitan completamente. Incluso van más allá de sí mismos, para vivir en la polifonía de la vida, para convivir y para vivir en la reciprocidad de dones, que nada tiene que

ver con la solidaridad mecánica. Adquieren de la cultura globalizada los bienes civilizatorios que pueden, para poderse ayudar mejor y ayudar también a otros.

Existe otro segmento de pobres de gran trascendencia para la humanidad. Son aquellos individuos que van adquiriendo una consistencia personal muy superior a la que hubieran alcanzado en una situación de normalidad. Son personas capaces de vencer al mal a fuerza de bien y de vivir con libertad liberada. De esa manera, se constituyen en la verdadera aristocracia espiritual de la humanidad.

El descubrimiento de que la exclusión, el abandono y el desprecio de los empobrecedores pueden no signar la vida de los empobrecidos, ni determinar su conducta, sino que, a pesar de ellos, pueden llegar a vivir humanamente, es el mentís más elocuente de la propaganda omnipresente, que mete por los poros la consigna de que vivir es consumir y que el consumo de "calidad" es la flor de la vida.

Las personas solidarias con acceso al mundo de estos pobres con espíritu y que participan de esa reciprocidad de dones, dan testimonio admirado y agradecido de que reciben de ellos mucho más de lo que proporcionan. Eso a pesar de ser conscientes de que lo que dan es muy necesario para los empobrecidos y, más aún, para estas personas más capaces que las otras de recibirlo y de crecer con esos aportes. Estas relaciones horizontales, mutuas y simbióticas, que llegan a configurar una verdadera alianza entre gente popular y no popular, en el seno del pueblo, son como la levadura que fermenta la masa de la humanidad, porque beneficia complementariamente a unos y a otros.

Desde la perspectiva cristiana, estos son los pobres con espíritu. Constituyen el ejemplo más elocuente de qué grado de humanidad alcanza quien se deja llevar por el Espíritu de Jesús, que mueve a cada ser humano, desde más adentro que la intimidad. Asimismo, son evidencia de que Dios, en Jesús, quiere salvar a la humanidad, incluso a los opresores, desde abajo, desde los pobres, que se hacen cargo de que el reino es para ellos y lo reciben como buena nueva. Por eso, en medio de su pobreza, viven en las manos de Dios y en interlocución constante con él. Viven con confianza filial, pero terriblemente contrastada. Por eso, la interlocución no pocas veces es tensa, pues se da en la libertad mutua. Al final, dolorosamente, la fe acaba triunfando. Estos cristianos constituyen la verdadera jerarquía espiritual de la Iglesia, aun cuando viven su cristianismo como la salvación, poco menos que milagrosa, del mínimo para mantenerse humanos o, dicho de otro modo, para llegar a ser hijos y hermanos.

Los pobres que logran vivir humanamente son los que más contribuyen, y los que pueden llegar a contribuir, a la rehabilitación de aquellos que se han dejado llevar por la lógica del sistema y se han dedicado a delinquir, ya sea en bandas armadas, aguantando droga, dedicándose a la prostitución, hurtando, como intermediarios ociosos del gobierno, o simplemente viviendo mal. Eso es así

porque no se puede vivir humanamente refugiado en el hogar y la familia, porque las relaciones humanizadoras tienden a hacerse difusas. Por tanto, no se pueden colocar barreras preconcebidas.

Así, pues, desde los pobres con espíritu tiene que arrancar la alianza que haga posible una alternativa superadora, que incluya la rehabilitación de los que se saben delincuentes y de los que no reconocen su miseria humana.

El papel de los pobres en la rehabilitación es completado por la organización popular, que experimentó un gran desarrollo desde finales de la década de 1960 hasta finales de la de 1980. La organización popular siempre fue una alianza entre gente popular y no popular, en el seno del pueblo²⁸. Los no populares pueden ser profesionales solidarios, sacerdotes o religiosas insertas en medios populares. Las organizaciones vecinales, sociales, religiosas y políticas alcanzaron bastantes metas, por su prestancia y por la mayor flexibilidad del ambiente, ya que en ese entonces, la aspiración de justicia era todavía un valor de cambio, aunque no siempre, ni mucho menos, de uso.

A medida que la región adoptaba la dirección dominante del occidente globalizado, ese valor desapareció del ambiente. Más aún, ahí donde fue necesario, las elites, aliadas al imperio, se impusieron violentamente, a sangre y fuego, al pueblo insurgente que, con sus aliados, pretendía cambiar la correlación de fuerzas y la legalidad vigente. A veces, simplemente, para hacer verdad el contenido de las constituciones. En todo caso, el sistema se endureció de tal manera que casi no tiene flexibilidad.

En esas condiciones, resulta muchísimo más difícil que el pueblo se organice desde sí mismo y desde sus verdaderos intereses. Asimismo, es más difícil conseguir aliados leales, que no lo utilicen para su proyecto político, sino que entablen verdaderas alianzas, en pie de igualdad.

En el caso del cristianismo, el pueblo fue abandonado por muchos de los sacerdotes y las religiosas que hasta entonces lo habían acompañado. Reaccionaron con una lógica institucionalista a la disminución drástica de personal y al empobrecimiento de las congregaciones. De esa manera, dejaron las inserciones para fortalecer a las grandes instituciones.

Las culturas populares, en particular, las indígenas, experimentan un repunte. Esto explica el surgimiento de gobiernos populares, que han reconocido constitucionalmente la naturaleza multiétnica y pluricultural del Estado de derecho, y, agregamos, de interacción simbiótica. Pero la presión de las corporaciones mundializadas y de los gobiernos donde tienen sus casas matrices hace más difícil construir una verdadera alternativa viable.

28. P. Trigo, *Echar la suerte con los pobres de la tierra*, pp. 85-93 (Caracas: Gumilla, 2015).

Ahora bien, solo cuando haya una masa con la libertad liberada, organizada en multitud de asociaciones realmente de base y, por tanto, independientes de los partidos políticos y los gobiernos, que presionen a estos y los apoyen, cuando sus intereses y prácticas coincidan²⁹, será posible instaurar una verdadera democracia y, en consecuencia, países dignos, donde quepamos todos, en interacción simbiótica. Entonces, al fin, la rehabilitación será posible, tanto para los tenidos como delincuentes como para los de cuello blanco.

Los pobres con espíritu constituyen el embrión de esa masa crítica de ciudadanos con la libertad liberada y de asociaciones realmente de base y solidarias. Ahora bien, aquellos cobrarán más peso y relevancia, si se alían con gente no popular, en el seno del pueblo. Esta es la asignatura pendiente y a eso tenemos que apostar, sin dejar nunca por imposibles, insisto, a los que oprimen y excluyen.



29. I. Ellacuría, "La cuestión de las masas", *ECA* 465 (1987), 412-434.